

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XIV

Julio de 1937

Núm. 145

Puntos de vista

Acerca de congresos y hombres de letras

LAS revistas norteamericanas consagran algunos artículos a comentar la mala impresión causada por el Congreso de Escritores celebrado últimamente en Nueva York. Se afirma en esos comentarios que la influencia «trotskysta» restó importancia a las reuniones, pues los jóvenes escritores adeptos a la doctrina del leader ruso en perpetua errancia, sabotearon las sesiones del Congreso, impidiendo que tuviera la importancia universal que en un principio todos esperaban. Con este, son innumerables los congresos que se han celebrado en distintas ciudades del mundo. De alguno de ellos no ha quedado sino el conocimiento personal entre congresales de países distintos y en muy limitadas oportunidades algún acuerdo de importancia para el porvenir de las letras. Es frecuente observar que una vez terminadas las sesiones de un congreso, sus componentes se separan sin acordarse ya más de las cuestiones debatidas. Pero no sería esto, sino un fenómeno muy propio de la naturaleza humana. Las convenciones o congresos para la paz no han producido tampoco resultados más prácticos. Habría que recordar para robustecer este acerto, la conferencia celebrada en Montevideo en 1933, en plena guerra del Chaco. Los representantes de esos dos pueblos en guerra, eran miembros de la conferencia y durante las deliberaciones, ni una sola vez los congresales quisieron abordar el problema de la terminación de aquel sangriento conflicto. Tres años más tarde se reunían en Buenos

Aires una nueva conferencia, sin que sus acuerdos logaran un alcance más práctico que los anteriores. La oratoria es el fruto más inmediato de estas reuniones o bien, como reflexionaba Spengler, respecto de la Liga de las Naciones, «para reunir a hombres que desean pasar unas vacaciones agradables en la orilla de los lagos suizos».

Es verdad que Spengler era un pesimista, pero si nos atenemos a los resultados obtenidos entre las naciones europeas en sus relaciones recíprocas, veremos que no le faltaba razón. Tratados y convenciones apenas si han sido respetados y en muchos casos ni siquiera recordados. Las naciones fuertes han impuesto su voluntad sobre las más débiles y un armamentismo desenfrenado ha sido la respuesta categórica a los llamados insistentes de los pacifistas.

El Congreso de Escritores celebrado en Nueva York, con los resultados precarios que se conocen, es una muestra más de la división que por un fatalismo de la época actual ha separado a los hombres de letras en grupos cada vez más irreconciliables. Es decir en los grupos mismos en que se ha dividido la humanidad casi en su totalidad. De un lado los sostenedores de un orden fascista y del otro los sostenedores de un orden comunista. En ambos casos, confusión de la noción fundamental de la cultura, puesto que en ambas corrientes es la cultura como forma suprema de la civilización la que siempre resulta castigada. ¿Una cultura fascista? ¿Una cultura comunista? Error profundo. Sólo la cultura por encima de esas dos formas transitorias de la colectividad como integraciones de Estados políticos. El fascismo ha perseguido a los hombres de letras que no acomodaban su pensamiento al orden impuesto por aquel y el comunismo ha procedido de idéntica manera con los escritores que consideran enemigos de su doctrina. ¿Qué libertad quedaba a los perseguidos de uno y otro movimiento social? Sólo la que podían proporcionarse lejos de sus patrias o de sus países.

En el Congreso de Estados Unidos, la corriente comunista desbarató muchos de los aspectos positivos que podían haber tenido resonancia universal, en conclusiones de importancia para la pro-

fesión del escritor. Y seguramente muchos de los delegados que asistieron regresaron desengañados para no volver a tomar parte en congreso alguno. Si la profesión de las letras como parece ser en todas partes—a pesar de las compensaciones más favorables en unos países que en otros—es por esencia una profesión difícil, no se comprende que los congresos se empeñen en debatir doctrinas políticas, o en envolver tales reuniones en una atmósfera determinada. La libertad ha sido juzgada como el ambiente único para éste que un escritor norteamericano denominaba «el lamentable oficio de las letras». Y en la libertad es sólo posible al escritor desarrollar el máximo de su energía creadora. En una libertad que no controlan los ismos acomodaticios del presente, ni las doctrinas económicas en boga. La realidad dolorosa de un pueblo, puede ser descubierta sin que haya necesidad de acogerse a una bandera o bajo la presión de un concepto social prefijado. Si alguna exigencia pudiera formularse al que tiene en su mano la responsabilidad de escribir, no sería otra que la probidad, la franqueza o el culto constante a la verdad.

Pero ha ocurrido que en el presente tomar partido por una u otra doctrina política era fundamental al escritor. Y así hemos visto los errores frecuentes, las injusticias, las negaciones apasionadas e interesadas, las persecuciones irritadas, los desconocimientos impuestos por las agrupaciones sectarias respecto de escritores, cuya obra íntimamente se reconocía como superior a la negación obligada. En cada uno de los hombres que escriben hoy, se busca no la formación de su personalidad, no el poder creador o la naturaleza de su forma, sino el grupo a que pertenece, las ideas políticas a las cuales se siente adherido, las creencias íntimas que alimenta. Y según ellas se dictamina o se juzga. Y si ellas no corresponden a la creencia o doctrina del que enjuicia, el resultado será el de arrojar sombras sobre su personalidad o mentir acerca de sus posibilidades o tratar de empequeñecer la obra. Todos los recursos están permitidos en este caos de pasioncillas. Todos los argumentos son aceptables con tal de confundir o desplazar al que no comulga en los al-

tares propios. La obra literaria o histórica queda así reducida a la simple categoría de una obra electoral o de camarilla. Penoso espectáculo es el que produce la decadencia de las letras, especialmente en estos países hispanoamericanos. Decadencia que corre paralela con el rebajamiento de la moral pública, provocada por los odios políticos que desgraciadamente han alcanzado también a los hombres de letras. Estados Unidos no ha escapado a la regla y he ahí que también el Congreso celebrado últimamente se singularizó por la negación de valores que no eran afectos a corrientes políticas determinadas. Todo lo cual es bien lamentable.